

LA “PRIMERA VIDA GRIEGA DE SAN PACOMIO”¹

(Continuación: 35-77)

Teodoro llega junto a Pacomio

35. Después, unos días más tarde, Pekysios, un piadoso anciano, subió hacia el sur por causa de algunos asuntos. Teodoro le pidió que le llevase al monasterio ante el venerable Pacomio. Y él lo condujo². Una vez allí adoró al Señor diciendo: “Bendito seas, Señor, porque has escuchado mi súplica”. Y en el momento de abordar a nuestro padre Pacomio, comenzó a llorar delante de la puerta. Pacomio le dijo: “No llores más: yo soy el servidor de tu Padre”. Se refería a Dios³.

Noviciado de Teodoro

36. Después que fue introducido en el monasterio, como oía y veía a los hermanos vivir conforme a la regla, los emulaba en la búsqueda del bien. Progresando siempre, se sentía restaurado y fortificado por los mandamientos, instruido por Pacomio que poseía el arte de imitar a los santos. Era un joven sabio y velaba para custodiar interiormente estos tres puntos: la pureza de corazón, un lenguaje mesurado y agradable y una obediencia incondicional hasta la muerte. En la ascesis y las vigiliass, nadie le aventajaba, pero se esforzaba por adquirir los carismas superiores⁴, para así consolar a un gran número de afligidos y corregir a sus mayores: *porque el Espíritu sopla donde quiere (Jn 3,8)*. Nuestro padre Pacomio, viendo estos

¹ Continuación del texto publicado en *CuadMon* 172 (2010), pp. 73-110.

² En SBo 30, Pekysios no acepta fácilmente llevar a Teodoro (Veilleux, p. 411).

³ La llegada de Teodoro al monasterio y su presentación ante Pacomio debe ubicarse hacia 328 (Veilleux, p. 322).

⁴ Cf. *1 Co* 12,31. En SBo 107, este texto de san Pablo es aplicado por Pacomio a quienes eligen el celibato (Veilleux, p. 411).



notables progresos, consideraba en su corazón que Teodoro estaría destinado a recibir de Dios el cuidado de las almas después de su muerte.

Visita de la madre de Teodoro

37. Al oír las novedades sobre Teodoro, su madre llegó trayendo cartas de los obispos, en las cuales se ordenaba que su hijo le fuera devuelto. Fue recibida en la casa de huéspedes del monasterio de hermanas, y ella envió las cartas para que al menos pudiera ver a su hijo. El Padre le dijo entonces a Teodoro: “He sabido que tu madre vino a verte y trajo cartas de los obispos. Por causa de esas epístolas, ve a verla y persuádela”. El joven le dijo: “Dime, si voy a verla como mi madre después de haber recibido un conocimiento tan grande, el Señor ¿no me lo reprochará en el día del Juicio? En vez de convertirme en un verdadero hombre para reformar a otros, sería motivo de escándalo para muchas personas. Los hijos de Leví mataron a sus parientes y hermanos para ser gratos al Señor y así escapar de su cólera⁵. Pues bien, yo no tengo madre, ni nada del mundo, porque es pasajero”. Pacomio le dijo: “Si amas a Dios más que a tu madre, ¿puedo yo impedirte? Más bien te animo a ello. *Porque quien ama a su padre o a su madre más que a mí, no es digno de mí (Mt 10,37)*. Esta es la perfección. De todos modos nuestros padres los obispos no se molestarán cuando oigan esto, sino que se alegrarán por tus progresos. Sin embargo, nadie comete una falta si atiende a sus parientes como si no fueran sus parientes, sino que los ama como miembros de Cristo⁶, de igual forma que a todos los fieles. Pues la carne no sirve para nada⁷”. Así, el joven se negó a presentarse ante su madre. Pero ella, en su gran amor por él, no quiso regresar a su casa, sino que permaneció con las vírgenes, diciéndose a sí misma: “No solamente podré verlo alguna vez entre los hermanos, sino que también ganaré mi alma⁸”.

Expulsión de los monjes malvados

38. Antes de que la comunidad aumentase numéricamente, junto

⁵ Cf. *Ex* 32,27-28.

⁶ Cf. *Ef* 5,30.

⁷ Cf. *Jn* 6,63.

⁸ Encontramos la misma historia en las colecciones de *Apotegmas*, ver *Verba Seniorum*, n. 34b; trad. en: *Las sentencias de los Padres. Los Apotegmas de los Padres (Colección Mixta)*, Monasterio de Las Huelgas (Burgos), 1990, pp. 151-152 (Col. Espiritualidad monástica, 23; se trata de la recensión de Pascasio y Martín de Dumio); cf. Veilleux, p. 411.

a nuestro padre Pacomio había algunos hermanos que tenían pensamientos carnales, ya que no todos eligen el temor de Dios. Él los amonestaba con frecuencia, pero ellos no le obedecían ni seguían el camino recto; al contrario, lo afligían. Entonces (un día) se retiró a cierta distancia, cayó rostro en tierra e hizo esta oración: “Dios, nos has ordenando amar a nuestro prójimo como a nosotros mismos⁹. Dirige tu mirada sobre estas almas, ten compasión de ellas y haz que, tocadas de compunción, te teman y sepan qué es la vida monástica, para que esperen en ti, como los otros hermanos”. Pero después de esta oración, vio que los hermanos se rehusaban a seguirlo, persistiendo en contradecirlo. Les impuso entonces la ley de la oración en común y las otras reglas de vida. Ellos, reconociendo que Pacomio no les permitía vivir a su antojo, se retiraron atemorizados. Y así, después de esta partida, los otros hermanos progresaban más, al igual que el trigo crece una vez que se arranca la cizaña¹⁰.

Regalo de harina al monasterio

39. Como los hermanos daban en limosna todo lo que tenían, sucedió que un día les faltó el pan. El divino Pacomio se preparaba para vender dos tapices –que uno de los monjes había aportado en el momento de dejar el mundo– para comprar harina; pero esa misma noche al alborear alguien golpeó la puerta. Cuando entró el padre le preguntó que quería. El otro le dijo: “Había prometido dar harina a los que trabajan en las minas por mi salvación, pero fui advertido por un sueño que debía traérsela a ustedes pues tienen necesidad, porque son hombres de Dios”. Pacomio le respondió: Sí, nos falta harina, pero fijanos una fecha para que te la devolvamos”. Cuando hubieron transportado la harina de la nave al monasterio, los hermanos se admiraban de cómo Dios los había socorrido tan rápidamente por causa de su servidor.

La visita del confesor Dionisio

40. Había, después del tiempo de los mártires, un cierto confesor llamado Dionisio, hombre piadoso, administrador de la Iglesia de Tentyra, y uno de los amigos más queridos de Pacomio. Este hombre supo que Pacomio no permitía a los monjes que venían de visita de otras par-

⁹ Cf. *Lv* 19,18; *Mt* 19,19.

¹⁰ Cf. *Mt* 13,24-30. 36-43. La imagen de la cizaña es utilizada bastante a menudo: SBo 106, 142; Orsizio, *Carta* 4,4. El relato de la *Vida griega* es un resumen del que hallamos en S¹ 10-19, en donde Pacomio fracasa en su intento de formar una comunidad con el primer grupo de discípulos (Veilleux, p. 412).

tes permanecer en el interior del monasterio, sino que los alojaba aparte, en un lugar cerca de la puerta, y como amigo estaba apesadumbrado. Al ir a Tabennesi, censuró a Pacomio a ese respecto. Pacomio le respondió con gran paciencia: “Dios conoce mis intenciones. Y además su caridad paterna sabe que nunca he querido dañar a ninguna alma. ¿Cómo podría afligir al Señor que dice: *Cada vez que hacen el bien a uno de los que creen en mí, es a mí a quien se lo hacen* (Mt 25,40; 18,6)? ¿Cómo podría ser tan insensato alejando así a mis hermanos, como si los despreciara? Dios no lo quiera. Pero sucede que en la comunidad hay muchos novicios, que todavía no saben lo que es un monje, y niños incapaces de distinguir su derecha de su izquierda¹¹. Por eso he juzgado que es bueno y más digno para los padres y hermanos que nos visitan, que se unan a nosotros a la hora de la *synaxis*, pero que después de la oración, coman y descansen en un lugar apropiado y tranquilo, donde yo mismo los sirva, como Abraham sirvió él solo al Señor bajo una encina¹²”. Al escuchar estas palabras el sacerdote Dionisio se convenció, reconociendo que Pacomio obraba en todo según Dios.

Pacomio cura a una mujer enferma

41. La esposa de uno de los habitantes¹³ de ese lugar (Tentyra) padecía hemorragias¹⁴. Oyó hablar del gran Pacomio y pidió al ya mencionado Dionisio que, como amigo de él, lo hiciese venir con el pretexto de tratar un asunto urgente. El Venerable fue, y mientras estaba sentado en la iglesia conversando con Dionisio, ella se le acercó y le tocó la capucha sobre su cabeza, confiando en el Dios que se encarnó y dijo a sus discípulos: *El que los recibe a ustedes, a mí me recibe* (Mt 10,40), y al instante quedó curada.

¹¹ Cf. *Jon* 4,11. Este texto es utilizado también en la *Cartas* de Pacomio: “Deseo que sean semejantes a aquellos que no distinguían *la mano derecha de la izquierda*” (5,4; trad. en: *Pacomio e i suoi discepoli. Regole e scritti. Introduzione, traduzione e note a cura di Lisa Cremaschi della Comunità di Bose*, Magnano 1988, p. 251), y en *Paralipomena* 1 (Ed. F. Halkin, *Sancti Pachomii Vitae Graecae*, Bruxelles 1932, p. 124 [Subsidia hagiographica, 19]).

¹² Cf. *Gn* 18,1-8.

¹³ La palabra griega *politeyomenon* puede traducirse por administrador de la ciudad (concejal o consejero), o también por habitante (Festugière, p. 25; Veilleux, p. 274).

¹⁴ El texto griego dice: *aimorrooysa*.

El monje que quería ser ecónomo

42. Después de esto, el padre de un monasterio vecino, que solía visitar al santo padre, tenía un monje que reclamaba el cargo de ecónomo, pero él no lo consideraba digno para esa función. Como no podía persuadirlo, lo engañó diciéndole: “Nuestro padre Pacomio me ha recomendado no nombrarte, sabiendo que todavía no eres digno de este cargo”. Ante tales palabras el monje lo arrastró por la fuerza encolerizado, diciendo: “Muy bien, vamos a ver a Pacomio, para que pruebe lo que dice contra mí”. El otro lo siguió con temor y temblor, preguntándose con angustia cuál sería el resultado de esta proposición.

Al llegar, encontraron a Pacomio con los hermanos construyendo una pared para el monasterio. El hermano, aproximándose muy enojado a Pacomio, le dijo: “¡Baja, mentiroso, y muéstrame mi falta!”. Como aquel callaba, agregó: “¿Tu boca está cerrada sin encontrar ninguna excusa¹⁵? ¿Quién te obliga a mentir a ti que pretendes ser clarividente, cuando estás completamente ciego?”¹⁶. Después de decir estas cosas, el Venerable le respondió, sin comprender nada de lo que el otro hablaba: “He pecado contra ti, perdóname. ¿Tú nunca has cometido una falta?”. Al escuchar esto se calmó.

El Anciano bajó de su trabajo y buscó al superior del monasterio. Y al encontrarlo llorando y con el corazón destrozado le preguntó: “¿Qué está pasando?”. El superior respondió: “Este hermano reclamaba un cargo por encima de sus méritos, y yo al ver que no conseguía convencerlo de ello, pues no me escuchaba, usé tu nombre para tranquilizarlo. Porque sabemos que Dios te ha concedido la gracia de descubrir fácilmente el engaño. Pero he aquí que el insensato ha añadido a sus faltas el insulto a un hombre justo”. Pacomio le dijo: “¿No has venido a buscar la voluntad de Dios? Escúchame. Dale lo que reclama para que así arranquemos su alma del Enemigo. Porque sucede que haciéndole el bien a un mal hombre, logra llegar a una cierta percepción del bien. Tal es el amor de Dios: tener compasión los unos de los otros¹⁷.”

De esa forma, cuando el hermano consiguió lo que deseaba retornó, inmediatamente ante el gran Pacomio muy arrepentido. Lo abrazó y le hizo esta confesión: “Hombre de Dios, eres más grande de lo que habíamos oído. Porque hemos visto cómo venciste el mal por el bien¹⁸, pues

¹⁵ Cf. *Sal* 63 (62),11.

¹⁶ Cf. *Mt* 6,23.

¹⁷ Cf. *Ef* 4,2.

¹⁸ *Rm* 12,21.

has perdonado a un pecador insensato como yo. Si no hubieses tenido verdadera paciencia, sino que hubieses hablado contra mí, habría dejado la vida monástica, alejándome de Dios. Que seas bendito, porque es gracias a ti que vivo”.

Curación de una joven poseída

43. Llegó un hombre al monasterio y pidió al Venerable que curara a su hija poseída. Como Pacomio no tenía costumbre de hablar con las mujeres, le pidió al portero que dijera al hombre: “Envía aquí una pieza de la vestimenta de tu hija después de haberla lavado”. El hombre la trajo, y cuando estaba por bendecirla, miró la ropa y dijo: “No es la vestimenta de tu hija”. Pero como el hombre persistía en afirmar que era de ella, Pacomio le mandó este mensaje: «Pertenece a tu hija, pero ella no conserva su castidad, a pesar de que hizo voto de virginidad. Me ha bastado una mirada para comprobar que no es casta. Es por eso que he dicho: “No es la vestimenta de tu hija”. Que ella prometa delante de Dios que en adelante custodiará su castidad, y Él tendrá compasión y la curará». Así, cuando su padre la interrogó con cólera y pesar, ella confesó y prometió bajo juramento no obrar mal en adelante. Entonces Pacomio le mandó un poco de aceite que había bendecido. El hombre la ungió con fe y ella se sanó.

Curación de un niño poseído

44. Otro hombre llevó a su hijo, poseído por un pertinaz demonio. El portero recibió de Pacomio un pan y se lo dio al hombre para que éste lo diera a comer a su hijo, según las instrucciones de aquel, para que así se curase. Cuando el enfermo tuvo hambre, su padre le dio el pan. Pero él no lo tocó sino que comió otros panes. En otra ocasión el padre preparó dátiles y pequeños quesos frescos, colocando dentro pequeños trozos de pan para que el niño los comiese sin darse cuenta. Sin embargo cuando comenzó a comer, abrió los dátiles y los quesos, pero desechó los trozos de pan y no los comió. Entonces el padre lo dejó dos días sin comer, hasta que estuvo débil. Después hizo una papilla en la que incorporó el pan, y se la dio de comer al niño luego de haberlo ungió con óleo santo. Apenas hubo comido se quedó dormido. El padre regresó al monasterio alabando a Dios, y le contó a Pacomio cómo se había curado su hijo.

Actitud de Pacomio frente a los milagros

45. El Señor, que siempre provee a la salvación de las almas por medio de los santos, hizo por intermedio de Pacomio muchos otros mila-

gros, tanto entre las personas que viven en el mundo como entre los hermanos. Pero si él oraba por la curación de alguien y el Señor no le concedía su petición, no se sorprendía ni se afligía por no haber sido escuchado, pues sabía cuál es la meta hacia la que tienden los santos. Y repetía en su oración este versículo: “*Que se haga tu voluntad y no la mía*” (Lc 22,42; cf. Mt 6,10; 26,42)¹⁹. Porque el que es uno con el Padre en todas las cosas nos enseñó que así debe ser.

Las fuentes de este relato

46. Tal vez, quien lea las palabras de las oraciones que Pacomio pronunciaba en cada ocasión dirá: “¿De dónde se sacaron todas las cosas que han sido escritas?”. Ante todo, se debe recordar que, según se dijo antes²⁰, buscando todo lo que se refiere a él con exactitud, escuchamos estas cosas de los padres ancianos. Y algunas veces también, cuando el Venerable hombre se sentaba para la catequesis, revelaba incluso sus pensamientos más íntimos. Enseñaba asimismo a rezar en cada necesidad, y a tener fe y esperanza en el Señor, y un sincero amor al prójimo²¹.

La enseñanza de Pacomio sobre la curación espiritual

47. Pacomio enseñaba que así como hay curaciones físicas visibles, también las hay espirituales. “Porque si un hombre es ciego en su espíritu, decía él, y no ve la luz de Dios a causa de su idolatría, pero después es conducido a la fe en el Señor y recibe la visión para reconocer *al único Dios verdadero* (Jn 17,3), ¿no es ésta su curación y salvación? Y si una persona tiene la lengua embrollada²² por mentir, porque no dice la verdad²³, pero es instruido por hombres de Dios para proclamar la verdad, ¿acaso no ha sido espiritualmente curado? Si otro tiene sus manos mutiladas por causa de su debilidad en el cumplimiento de los mandamientos de Dios, pero gracias a la misericordia de Dios deja de ser indolente y hace alguna obra buena²⁴, ¿no es esta también una curación? Finalmente, si alguien es lujurioso u

¹⁹ La cita de Mt 6,10 (26,42) es frecuente (ver SBo 7; 12; 17); con el agregado de: *y no la mía*; G¹ combina el texto de Mt con el de Lc 22,42 (Veilleux, p. 412).

²⁰ Cf. G¹ § 10.

²¹ Se trata de un párrafo añadido por el autor de G¹ para dar fe de sus fuentes (Veilleux, p. 412).

²² El texto griego dice: *moggos* (voz sorda).

²³ Cf. Ef 4,25.

²⁴ Cf. Ef 4,28.

orgullosa, pero se arrepiente en el temor de Dios merced a la ayuda de un servidor de Dios, ¿no es esto también un milagro?”.

*Actitud de Pacomio frente a las visiones*²⁵

48. «Uno de los hermanos me dijo: “Háblanos sobre tus visiones”, y yo le respondí: “Un pecador como yo no le pide a Dios tener visiones. Es contra la voluntad de Dios, es un error. Pero en todo lo que hace conforme a la voluntad de Dios, incluso si devuelve la vida a un hombre muerto, el siervo de Dios queda a salvo del orgullo o de la jactancia. Puesto que, sin el consentimiento de Dios, ni siquiera vería la Providencia de Dios que gobierna todas las cosas. Sin embargo, escuchen sobre una gran visión. Si ves a un hombre puro y humilde, ésta es una gran visión. ¿Qué es, en efecto, más grande que ver al Dios invisible²⁶ en un hombre visible, su templo²⁷? De la misma manera debemos comprender la clarividencia de los santos que ven los pensamientos de las almas, como en el caso de Eliseo y Guehazi²⁸. Cuando el Señor, que habita en los santos y conoce todas las cosas, les concede una revelación, entonces ellos son clarividentes; pero cuando no sucede así, son como los demás hombres. Pero todavía tienen otra ininterrumpida clarividencia que es la visión del Señor. Es lo que nos dice uno de ellos: *Véa siempre al Señor ante mí* (Sal 16 [15],8). Un hombre no es juzgado por no ver cosas ocultas, sino que lo es si pertenece al número de aquellos que el Espíritu condena por las palabras del salmo: *No tienen presente a Dios*» (Sal 54 [53],3).

Atención espiritual de los niños

49. “Es más fácil para los niños alcanzar ese grado, ya que siendo obedientes desde su más tierna edad, anhelan dejar atrás las cosas del pasado para alcanzar la perfección, como Samuel en el templo²⁹. La tierra que

²⁵ Los caps. 48, 49 y 50, no tienen correspondientes en SBo. Probablemente proceden de una colección de catequesis de Pacomio (Veilleux, p. 412).

²⁶ Cf. *Hb* 11,27.

²⁷ Pacomio en la *Catequesis a propósito de un monje rencoroso* (§§ 22 y 36) utiliza la expresión “imagen de Dios” para referirse al prójimo (Veilleux, p. 412).

²⁸ Cf. *2 R* 4,27. En la carta de Ammón (16) encontramos la misma doctrina, con idéntica alusión a Guehazi; cf. JAMES E. GOEHRING, *The Letter of Ammon and Pachomian Monasticism*, Berlin 1986, pp. 135-136 [texto griego] y 167-168 [trad. inglesa] (Patristische Texte und Studien; Bd. 27).

²⁹ Tenemos aquí una “combinación”, por decirlo de alguna manera, de tres textos bíblicos:

ha sido limpiada está preparada para recibir, paso a paso, la plantación de viñedos. Pero la tierra no preparada sólo puede recibir una buena semilla después de que se la limpia con gran trabajo. Sabemos, sin embargo, que incluso un suelo limpio si es descuidado se estropea, como está escrito³⁰, aunque haya sido sembrado en él una buena semilla. Igualmente un campo sucio puede alcanzar la pureza, si es atendido con cuidado y esfuerzo adecuado. Por tanto, vigilemos a los niños como quiere Dios, de modo que Él, que cuida a los pequeños, como está escrito³¹, custodie sus almas *como a la pupila de sus ojos* (*Sal* 17 [16],8). Que nadie se atreva a dañar el alma de un niño, aunque sea solamente de pensamiento, en el temor de dañar la pupila de un ojo que cuida Dios, *el juez justo* (*2 Tm* 4,8). En cuanto a la forma de atender a los niños, no hay necesidad de decir muchas palabras; una sola es suficiente. El hombre que purifica su conciencia para alcanzar la perfección³², en el temor de Dios y la verdad³³, es quien puede cuidar a los niños, con la ayuda del Señor, porque necesita de su ayuda”.

Obediencia de Teodoro

50. Cuando Teodoro, de quien antes hemos hablado, era joven, se alimentaba ansiosamente en las verdaderas palabras de Dios y se dejaba fortalecer por el Espíritu. En todas las cosas seguía el ejemplo del padre, que lo guiaba, y era irreprochable, obediéndole como a Dios. Si sucedía que Pacomio le ordenaba hacer algo y después cambiaba la orden, reprochándosele con estas palabras: “¿Por qué has hecho esto?”, Teodoro no se sorprendía ni se justificaba para defender su proceder, sino que guardaba silencio y confiaba en quien lo reprendía, diciéndose: “Un hombre de Dios no cambia su palabra. Pero tal vez me dio esa orden, conforme a mi voluntad, movido por el Espíritu Santo en éxtasis, porque yo no soy recto. Si no fuera así, ¿por qué me lo reprocharía después de habérmelo ordenado? Encuentro, en efecto, algo semejante en el libro del profeta Jeremías, cuando el Señor reprende al pueblo por no hacer los sacrificios rectamente diciendo: *Yo no le di esta orden a sus padres* (*Jr* 7,22), y sin

Flp 3,13 (*Olvido lo que dejé atrás y me lanzo a lo que está por delante*); *Ef* 4,13 (*Hasta que lleguemos todos a la unidad de la fe y del conocimiento del Hijo de Dios, al estado de hombre perfecto, a la madurez de la plenitud de Cristo*); *1 S* 2,18. 26 (*Estaba Samuel al servicio del Señor... e iba creciendo y haciéndose grato al Señor y a los hombres*).

³⁰ Cf. *Pr* 24,31.

³¹ Cf. *Sal* 116 (114-115),6.

³² Cf. *Hb* 9,14.

³³ Cf. *2 Co* 7,1.

embargo Él se lo había ordenado a Moisés. Por tanto, debo llorar hasta que el Señor enderece mi corazón y sea digno de obedecer a los santos”.

Pacomio rechaza los privilegios

51. En cierta ocasión que los hermanos estaban en una isla para recoger juncos, Teodoro estaba con ellos preparando las mesas. Una tarde nuestro padre Pacomio regresó enfermo del trabajo. Como estaba acostado temblando, Teodoro lo tapó con una manta de pelo. Al verla, Pacomio la rechazó. “Quita esto, dijo, y cúbreme con una estera como la que usan todos los hermanos”. Teodoro también le dio un puñado de dátiles para que comiera. Pero Pacomio no los aceptó, diciendo con lágrimas: “Aunque debemos administrar el trabajo y las necesidades de los hermanos, ¿nos da esto derecho a hacer dispendios en favor nuestro? ¿Dónde está el temor de Dios? ¿Has visitado todas las cabañas de los hermanos para asegurarte de que ninguno de ellos está enfermo en este momento? Porque Dios nos juzga hasta en estos detalles”³⁴.

Discernimiento de las enfermedades

52. Por medio del discernimiento de espíritus Pacomio examinaba la naturaleza de los diferentes estados de enfermedad (espiritual)³⁵, porque los demonios tratan de molestar por todos los medios a los creyentes. Una vez, en el monasterio, Pacomio cayó enfermo víctima de una fiebre, y estuvo en cama sin comer dos días. Al tercer día sin probar alimento, se levantó para una breve oración, en su gran deseo de Dios, y se sintió curado de su mal. Y cuando el ecónomo dio la señal para comer, según la costumbre, Pacomio se ciñó la cintura y fue a comer en la mesa de los hermanos sanos, habiéndose dado cuenta de que su enfermedad no era física; dando gracias al Señor que le había dado fuerzas. Así, cuando veía a un hermano en el mismo estado, lo animaba para que no se dejara engañar por los demonios³⁶.

³⁴ Respecto a la uniformidad en la comunidad pacomiana, ver Pr. 39: “Nadie dará a uno más que a otro”. Por este relato se aprecia asimismo que cuando los hermanos estaban trabajando fuera del monasterio, vivían en cabañas (Veilleux, p. 275). El vocablo griego *kalybas* puede traducirse asimismo por choza, barraca o tienda (carpa) pequeña.

³⁵ El pasaje presenta ciertas dificultades para una correcta traducción. El texto original es susceptible de diversas versiones. Ver Veilleux, 412.

³⁶ Literalmente: “los enemigos” (*ton echtron*). Después de esta última frase la ed. de Halkin (p. 34) y la traducción de Festugière (p. 186) agregan un pasaje que Veilleux (pp. 333, y 412-413: nota explicativa) prefiere colocar como el inicio del párrafo siguiente (§ 53). He seguido esta última opción para la presente traducción.

Compasión de Pacomio con los enfermos

53. En otra ocasión en que se trataba de un santo (monje) pero enfermo en el cuerpo, sobrellevaba la enfermedad, porque Dios trata a sus servidores de diversas formas. Otro hermano, enfermo de muerte, yacía en una celda cercana. Estaba enfermo desde hacía tanto tiempo que su cuerpo era sólo huesos. Pidió al padre del monasterio que le diera un poco de carne, pero éste demoraba en dársela. Entonces le dijo a uno de los hermanos: “Llévame a ver al padre Pacomio”. Cuando llegó se postró con el rostro en tierra relatándole lo sucedido. Pacomio, comprendiendo que merecía lo que reclamaba, gimió. A la hora de la comida de los hermanos le trajeron a Pacomio de comer exactamente lo mismo que a todos; pero él no comió sino que dijo: «Respetar a las personas, ¿dónde está el precepto de la Escritura: *Amarás al prójimo como a ti mismo* (Lv 19,18; Mt 19,19)? ¿No ven que este hombre es un cadáver? ¿Por qué no lo han cuidado antes de que hiciera su petición? ¿Por qué la pasaron por alto cuando la hizo? Ustedes dirán: “No tuvimos en cuenta su pedido porque ese tipo de comida no es costumbre entre nosotros”. ¿No hay diferencias entre las personas enfermas? ¿Acaso no son puras todas las cosas para los puros (Tt 1,15)? Y si no eran capaces de discernir por ustedes mismos lo que era bueno, ¿por qué no me lo dijeron?». Y al decir estas palabras comenzó a llorar. –Las lágrimas siempre son una señal de emoción. E incluso si alguien no llora en el momento mismo del evento, aunque esté emocionado, es posible que lllore interiormente³⁷. Cuando los hermanos oyeron todo esto se apresuraron a comprar la carne y dársela al enfermo. Entonces Pacomio comió los vegetales cocidos como era la costumbre de todos.

Fundación de monasterios

54. Como habían llegado muchos hermanos, viendo Pacomio muy pequeño el monasterio, condujo a algunos de aquellos a otro poblado desierto, llamado Pabau³⁸. Con ellos construyó este nuevo monasterio de vastas proporciones, pues veía que serían muchas las vocaciones por obra del Señor. Estableció allí un ecónomo con segundos para gobernar a los hermanos, como así también a jefes de casa y a segundos, conforme a

³⁷ La reflexión entre guiones muy posiblemente sea una glosa del copista (Veilleux, p. 413).

³⁸ Año 329. La nueva fundación se encontraba a 3.2 kms. de Tabennesi, por lo que Pacomio podía fácilmente atender a ambas comunidades; y seguramente permaneció como el superior de las dos; cf. SBo 49 (Veilleux, pp. 275 y 413). Aunque el nombre del nuevo monasterio aparece con variadas formas en G¹ optamos por una de las más usuales: *Pabau* (ver Veilleux, p. 413, con indicaciones del nombre en sahídico y bohátrico).

las reglas del primer monasterio de Tabennesi³⁹. Les recomendó por escrito, a modo de memorial, que nadie perjudicase a su prójimo, sino que cada uno siguiese la regla de conducta que les había sido fijada: “Porque el orden es algo muy laudable, aún cuando el perfecto sea irreprochable, incluso cuando todo está desordenado, como está escrito: *En tiempo de hambre serán saciados* (Sal 37[36],19)”. Pacomio velaba noche y día sobre ambos monasterios como servidor del Buen Pastor (Jn 10,11)⁴⁰.

Después de un tiempo, cuando los hermanos del monasterio de Pabau habían aumentado considerablemente, vino un anciano asceta, padre de un monasterio de hermanos ancianos, llamado Eponychos. Éste le solicitó a Pacomio que su monasterio, llamado Chenoboskion⁴¹, fuese aceptado en la *Koinonía*⁴² de los hermanos. Pacomio tomó consigo algunos hermanos y los llevó a ese lugar. Después de orar, los confió a Dios, para que permaneciesen allí con los otros hermanos que estaban en ese lugar, viviendo de acuerdo a las reglas (pacomianas). Y estableció un ecónomo y un segundo del monasterio, como así también a jefes de casa y segundos.

Más tarde⁴³, condujo a los hermanos de Pabau al monasterio de Monchosis⁴⁴, que existía desde hacía mucho tiempo, los estableció según la regla de la *Koinonía*, a petición de los principales (monjes) de ese monasterio, y les dio las constituciones (pacomianas). Moraba allí un monje anciano y santo, de nombre Juan⁴⁵, asceta perfecto.

Pacomio velaba sobre los hermanos con gran celo. Y eligió her-

³⁹ Las fuentes pacomianas, a excepción de este pasaje, no presentan nunca a un ecónomo asistido por varios segundos. Este es un indicio de que el autor de G¹ conocía de manera imperfecta la terminología y costumbres pacomianas, aunque suele hacer referencias literarias a las *Reglas* de Pacomio (Veilleux, p. 413).

⁴⁰ Cf. Orsizio, 17: “Guarde cada uno el rebaño que le ha sido confiado con toda cautela y solicitud. Imiten a los pastores de que habla el Evangelio, a los cuales no encontró dormidos sino despiertos el ángel de Dios que les anunció la venida del Salvador (cf. Lc 2,8). Éste, por su parte, dice: *El buen pastor da su vida por las ovejas; el que es mercenario, y no es el pastor, el dueño de las ovejas, ve venir al lobo y huye, abandonando el rebaño. El lobo las ataca y las devora, porque es un mercenario, y no le importan las ovejas* (Jn 10,11-13)”.

⁴¹ Seneset en SBo 3.

⁴² La *Koinonía* significa la entera congregación o su modo de vida, nunca un cenobio o un determinado monasterio (Veilleux, p. 413).

⁴³ Literalmente: *tetárten* (en cuarto término).

⁴⁴ Thmousons en SBo 51. Este monasterio estaba a unas seis horas de viaje desde Pabau (Veilleux, p. 275).

⁴⁵ ¿O Jonás, como se lee en las *Vidas coptas* y las demás *Vidas griegas*? Cf. Veilleux, pp. 413-414, que se inclina por esta lectura como la más probable.

manos espiritualmente capaces, poniéndolos en cada monasterio para gobernar a los hermanos, como si él mismo estuviera presente, hasta que pudiese regresar⁴⁶.

Temperancia de Pacomio

55. Un día en que Pacomio navegaba hacia Monchosis en una barca junto con otros hermanos, al atardecer, ellos prepararon todo para la comida. Al sentarse a comer, aunque vio que los alimentos dispuestos sobre la mesa eran numerosos: pequeños quesos, higos, aceitunas y muchas otras cosas, tomó sólo pan. Pero los demás se servían indistintamente de todo lo que había. Al mirarlo, uno de los hermanos, vio que Pacomio lloraba. Cuando se levantaron de la mesa le preguntaron qué le sucedía, pero él no respondió nada. Como seguían interrogándolo, dijo: “Es a causa de ustedes que lloro, porque no practican la abstinencia. Pues quien se preocupa por las cosas celestiales (*Col* 3,2) debe, como corresponde, abstenerse (*1 Co* 9,25), y no desear los alimentos. Sin duda, no es pecado comer, sobre todo cuando se trata de cosas simples; pero es bueno no dejarse dominar por nada, conforme a la enseñanza del apóstol (*1 Co* 6,12). En cuanto a mí, que soy un pecador, viendo que los panes estaban en buenas condiciones, me contenté con ellos. En otra ocasión, comeré conforme el Señor me lo conceda”. Ante estas palabras los hermanos se apresuraron a practicar también ellos la abstinencia en su alimentación.

Enseñanzas de Pacomio

56. Con frecuencia, habiéndose sentado para instruir a los hermanos, Pacomio les predicaba, enseñándoles a reconocer sin error ni ignorancia alguna la malicia de los demonios, y a resistirlos por la fuerza del Señor: “Porque es en Dios, dice la Escritura (*Sal* 60 [59],14), que ponemos nuestra fuerza”. Además, les interpretaba las palabras de las santas Escrituras, especialmente aquellas difíciles de comprender y profundas, y las que versan sobre la encarnación del Señor, la cruz y la resurrección. Decía: “Sobre el hecho de que el Dios Verbo se hizo hombre, basta en el Antiguo Testamento, entre muchas otras, aquella palabra donde él mismo dice, en Isaías: *Yo vengo a reunir a todos los pueblos* (*Is* 66,18); y en el Evangelio: *El Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros* (*Jn* 1,14). En cuanto a la cruz, basta para explicarla el carnero atrapado por los cuernos en el

⁴⁶ G¹ interrumpe aquí el relato de las “fundaciones” pacomianas, que pueden ubicarse aproximadamente entre los años 329-340, para proseguir más adelante con ellas (G¹ 81 y 83), en tanto que SBo (49-58) las presenta de forma continua (Veilleux, p. 414).

arbusto *sabek*, que es una planta, y ofrecido en holocausto en reemplazo de Isaac (Gn 22,13); especialmente cuando Abraham declara: *El Señor fue visto en la montaña* (Gn 22,14), aludiendo a la cruz del Hijo Único de Dios. En el Evangelio, por los prodigios realizados, la creación da testimonio de la cruz, de que Cristo Jesús crucificado es el Señor de todas las cosas⁴⁷. En cuanto a la resurrección de su cuerpo, Él mismo dice después de su muerte, por boca de Isaías: *El Señor lo libraré de la aflicción* (Is 53,10); es decir, resucitará al que no merecía la muerte, porque murió por nosotros. Tomás dice en el Evangelio, cuando toca la carne crucificada y resucitada en la que el Verbo habita como en un templo: *Señor mío y Dios mío* (Jn 20,28). Éste es un testigo fiel⁴⁸. En cuanto a la resurrección universal, puesto que el cuerpo crucificado del Señor es semejante al nuestro, al igual que él resucitó, también nosotros seremos resucitados; y ya hemos sido resucitados porque Él lo fue. Porque no solamente el Dios Verbo fue resucitado, nosotros también, porque él mismo nos resucitó con su cuerpo. Esto no lo decimos como algo nuestro, sino que lo aprendimos de aquel que declara: *Llegará la hora en que todos aquellos que estén en los sepulcros oirán la voz del Hijo del Hombre y saldrán de sus tumbas* (Jn 5,28-29). Asimismo Pablo, hablando de la resurrección, ha dicho cosas que tenemos necesidad de comprender con verdadero conocimiento; basta una sola de sus palabras: *Si los muertos no resucitan, Cristo tampoco ha resucitado* (1 Co 15,16)”.

Continuación de las enseñanzas

57. “Hermanos, si hemos confesado nuestra fe sobre la resurrección futura, debemos también conocer la resurrección espiritual, ya que el mismo Señor dijo: *El que crea en mí, aunque muera, vivirá* (Jn 11,25). Porque es verdadera la palabra del Señor: *Todo pecador que crea y cumpla los mandamientos del Señor, vivirá* (cf. Ez 18,21); y como dice David: *Mi alma vivirá y te alabará* (Sal 119 [118],175). Fortalezcámonos, hermanos, considerando también esto: el Señor nos da un mandamiento por medio de su conducta, pues un día en que lo insultaban⁴⁹ diciéndole: *Tú eres un demonio* (Jn 7,20), no devolvió el insulto; pero otro día, refutando a los fariseos y escribas, les dice: *Malditos*, llamándolos guías ciegos, sepulcros blanqueados y el resto (Mt 23,16. 27). Al igual que quien a la vista de un precipicio detiene a los ciegos, en el temor de que caigan en esa cavidad

⁴⁷ Cf. Mt 27,51-53.

⁴⁸ Cf. Ap 1,5.

⁴⁹ Cf. 1 P 2,23.

de una profundidad mortal, así el Señor les hace ver a los creyentes su conducta malvada, para que sean como esos ciegos⁵⁰ y mueran como ellos. En cuanto al hecho de que Cristo, insultado, no haya devuelto el insulto⁵¹, nos enseña que no debemos devolver mal por mal y que debemos perseverar en la virtud. Por otro lado, cuando le dice a Pedro: *¡Retírate, Satanás! (Mt 16,23)*, no es a Pedro a quien se dirige, sino a Satanás que había inspirado a Pedro pensamientos puramente humanos”.

Reglamentos internos del monasterio

58. Al terminar su catequesis, nuestro padre Pacomio se levantó y oró con los hermanos, para que se acordasen siempre de las palabras salvíficas de Dios. Después cada uno de los hermanos se fue a su casa, recitando los textos aprendidos de memoria⁵². Más tarde, una vez recitadas las seis oraciones, se sentaron juntos para dialogar y recordar cada punto de lo que les había dicho Pacomio⁵³. Porque ellos no podían tener conversaciones ociosas como personas del mundo⁵⁴, sino que solamente podían tratar sobre lo que habían aprendido de memoria, o de la exégesis de una sentencia, o de la conducta virtuosa conforme a la voluntad de Dios.

Reglamentos

59. Nadie podía emprender una obra en su casa sin el consentimiento de los responsables, ni tampoco ir a visitar a un hermano en su celda⁵⁵. Todas las vestimentas que sobraban, en cada casa, era el jefe de

⁵⁰ Cf. *Mt* 6,8.

⁵¹ Cf. *1 P* 2,23.

⁵² Pr. 28: “Al volver de la *synaxis*, los hermanos, que van saliendo de a uno, para ir a sus celdas o al refectorio, meditarán cualquier pasaje de las Escrituras y nadie tendrá la cabeza cubierta cuando medite”. “El verbo *meletan* (*meditari*, meditar) expresa la acción de recitar algo, habitualmente un texto de la Escritura, ya sea en voz alta o en el corazón” (Veilleux, p. 414).

⁵³ Pr. 122: “Cuando los hermanos estén sentados en sus casas, no les estará permitido decir palabras mundanas. Y si el prepósito enseña alguna palabra de la Escritura, la repetirán entre ellos cada uno a su turno, y se aprovecharán de lo que cada uno haya aprendido y retenido de memoria”. Pr. 138: “Que los hermanos sean seriamente constreñidos a repasar entre ellos todas las enseñanzas que hayan escuchado en la reunión común, sobre todo en los días de ayuno en que sus prepósitos dan la catequesis”.

⁵⁴ Cf. *Mt* 12,36.

⁵⁵ Pr. 112: “En general, sin orden del superior, nadie se permitirá entrar en la celda de otro hermano”.

casa o el segundo quienes las guardaban en un celda bajo llave, hasta que los hermanos tuvieran necesidad de ellas, así mientras tanto podían lavar y acondicionar las que llevaban puestas⁵⁶. En cuanto a los libros, colocados en un nicho⁵⁷, también estaban al cuidado de esos dos. Los hermanos no tenían dinero, y mucho menos oro⁵⁸. Algunos de entre ellos murieron sin nunca haber visto una de esas cosas; sólo aquellos a quienes se les había confiado un servicio utilizaban dinero. Éstos, cuando retornaban al monasterio, no retenían nada en su poder, ni siquiera por un solo día, sino que entregaban todo al ecónomo, hasta la ocasión en que, tal vez, debían salir nuevamente. Toda esta administración estaba asentada detalladamente en el libro de los ecónomos⁵⁹.

Vigilias de Pacomio

60. Nuestro padre, un día que navegaba en una barca, e iba a visitar nuevamente los monasterios, al caer la tarde les dijo a los hermanos: “¿Quieren que hagamos una vigilia esta noche?”. Ellos respondieron: “Sí”. Él les dijo: “Yo aprendí de nuestro santo padre Palamón tres tipos de oraciones: rezar hasta la medianoche y después dormir hasta la mañana; dormir hasta la medianoche y luego rezar hasta el amanecer; dormir un poco ahora, más tarde levantarnos y orar, dormir de nuevo y así sucesivamente hasta la mañana”. Los hermanos eligieron esta última forma, y Pacomio,

⁵⁶ Pr. 70: “Los hermanos recogerán las túnicas a la tarde cuando ya estén secas, y las darán al segundo (es decir, al que sigue en orden al prepósito), quien las remitirá a la ropería. Pero si no están secas, se las tenderá al sol al día siguiente hasta que lo estén. No se las dejará expuestas al rayo del sol más tarde de la tercera hora. Después de haberlas recogido se las ablandará ligeramente. No serán guardadas por los hermanos en sus celdas, las entregarán para que estén ordenadas en la ropería hasta el sábado”.

⁵⁷ Pr 101: “Los libros que a la tarde se vuelven a colocar bajo la ventana, es decir, en el hueco del muro, estarán bajo la responsabilidad del segundo, que los contará y guardará según la costumbre”. Cf. Pr 82.

⁵⁸ Pr 81: “Nadie tendrá en su casa o en su celda otra cosa que lo que prescribe en general la regla del monasterio. Por lo tanto, los hermanos no tendrán ni túnica de lana, ni manto, ni una piel más suave –la de cordero que todavía no haya sido esquilado–, ni dinero, ni almohadas de pluma para la cabeza, ni otros efectos...”.

⁵⁹ Es claro, como lo señala Veilleux (p. 414), que los §§ 58 y 59 se inspiran en la *Regla* pacomiana, más concretamente en su primera parte: los *Preceptos. Ecónomo* es el término utilizado por el autor de G¹, especialmente en sus agregados (como sería el caso de los §§ 58-59), para designar al superior de la comunidad local, llamado en otros pasajes de las fuentes pacomianas: el padre de la comunidad o el padre del monasterio. Por ende, podemos suponer con bastante probabilidad, que los *Preceptos* eran considerados, en el tiempo de la redacción de G¹, el libro de los padres de los monasterios (cf. Veilleux, pp. 414-415).

que tenía experiencia de vigiliias, equilibró prudentemente las horas de sueño y de oración, quedando él en vigilia. Uno de los hermanos se cansó y se fue a dormir, el otro permaneció despierto hasta la mañana. Al amanecer despertó a aquel para la *synaxis*; y después el otro se fue a dormir en la bodega del barco. En tanto que el padre, con el hermano que había dormido toda la noche, remaron hasta el monasterio, que estaba a una gran distancia de allí⁶⁰.

Dificultades de Cornelio para imitar a Pacomio

61. Cornelio, antes mencionado⁶¹, era el ecónomo de ese monasterio⁶². Al conocer la llegada de Pacomio, convocó a los hermanos y salió al encuentro del padre. Al verlo, lo abrazaron, él y los hermanos. Mientras que uno de los hermanos caminaba hacia el monasterio, Cornelio le preguntó en voz baja: “¿Qué hizo nuestro padre en estos días?”. El hermano le dijo: “Toda la noche nos dio ejemplo de vigilia”. Al saber lo que había pasado, Cornelio dijo: “¿Qué debilidad! ¿Has dejado que te venciera un anciano débil, tú que eres joven?”. Pacomio oyó lo que decía, pero guardó silencio, como si nada hubiera escuchado. Al atardecer, junto al brasero, dijo a Cornelio: “¿Quieres que hagamos oración?”. “Como tú quieras”, respondió Cornelio. Entonces se levantaron para rezar, y Pacomio se extendía en su oración. Como la prolongaba, para poner a prueba a Cornelio, los hermanos, instruidos por la experiencia de la noche en el bote, dejaron el lugar y se fueron a dormir a otro lugar. El padre permanecía de pie rezando y prolongaba exageradamente su oración, mientras Cornelio recitaba interiormente los textos que sabía de memoria. Cuando a la mañana dieron la señal para la *synaxis*, Cornelio le dijo a Pacomio: “¿Qué te he hecho padre? No he tomado ni una gota de agua desde la comida de ayer al atardecer”. Pacomio respondió: “Cornelio, ¿te dejas vencer en la oración por un anciano?”. Entonces, comprendiendo que el padre había oído que el día anterior él le había dicho esas mismas palabras al hermano, Cornelio le dijo: “He pecado, perdóname, porque no hablé correctamente. *El Espíritu que está en ti es santo, y es fortaleza de Dios*” (Dn 4,15).

⁶⁰ Posiblemente este episodio deba situarse a continuación del § 55, cuya continuidad, en G¹, se interrumpe por adiciones que, tal vez, se deban al redactor; cf. SBo 59. Monchosis es el monasterio en cuestión. Cf. G¹ 54.

⁶¹ Cf. G¹ § 26.

⁶² Cf. nota 60.

Lágrimas de los monjes

62. Un día que (Pacomio) pasaba cerca de las tumbas, oyó a unas personas que lloraban, y le dijo a Teodoro, que caminaba con él: “Esas gentes lloran sobre cadáveres que no pueden resucitar: nosotros lloremos ante todo por nosotros mismos, después por nuestro prójimo; puede ser que si lloramos con los que lloran⁶³, el Señor los despertará: *Despiértate, dice, tú que duermes, resucita de entre los muertos, y Cristo te iluminará* (Ef 5,14). Si oímos a menudo llorar a los padres, no nos asombremos, porque todos los santos están en el valle de lágrimas, como José que lloraba por la salvación de sus hermanos, y no sólo una vez; y Jeremías en el exilio, así también ellos lloran siempre, pues son los hijos de los santos”⁶⁴.

Desprecio de las bellezas exteriores

63. Enseñaba a los hermanos a no prestar atención al resplandor de la belleza de este mundo, ya sea que se tratase del hermoso aspecto de un alimento, de una vestimenta, de una celda o de un libro exteriormente placenteros a la vista: “Porque la hermosura del creyente, decía Pacomio, son los mandamientos de Dios, como lo dice el salmista en el salmo: *Señor, conforme a tu voluntad, da vigor a mi belleza* (Sal 30 [29],7 LXX). Así, José, aunque era de hermoso aspecto y llegase a gobernar sobre Egipto, no prestaba atención a esas cosas caducas, manteniéndose puro de pensamiento respecto a la belleza y al poder real. Pero otros, que se regocijaron en esas cosas, murieron de muerte miserable, como Amón y Absalón”.

Abstinencia de Pacomio

64. Un día que comía estando enfermo, le trajeron una mezcla de caldo⁶⁵ y aceite, a la vista de lo cual se acordó de la sal mezclada con ceni-

⁶³ Cf. *Rm* 12,15.

⁶⁴ Cf. *Sal* 84 (83),6; *Gn* 43,30; 45,2. 13; 46,29; 50,17; *Lm* 1,1 ss. El patriarca José es a menudo señalado como un ejemplo para los hermanos; así en el texto siguiente de san Pacomio: “Piensa en José que consiguió vencer el pecado que lo amenazaba (cf. *Gn* 39,10), a fin de mantener pura su alma y ser así *templo del Espíritu* (1 *Co* 6,19), y merecer la gloria de adorar a Dios, no siguió el deseo de sus ojos y no dio satisfacción a su vientre... Como José custodiemos puros, en el desierto, nuestro cuerpo y nuestras almas, para que Dios se acuerde de nosotros y nos sea propicio” (*Epístola* 8,3. 5:); cf. G¹ § 63 (Veilleux, p. 415).

⁶⁵ *Garélaion* es el término griego utilizado por G¹ y que traducimos por “caldo”. En Pr. 45 se prescribía: “Ninguno recibirá vino o caldo fuera de la enfermería”; y en Pr. 46 se dice: “Si alguno de los que son enviados de viaje cae enfermo en el camino o sobre un barco y

zas de otros tiempos⁶⁶. Y le dijo a quien le había traído ese plato: “Tráeme un vaso de agua”. Cuando se lo alcanzó, vertió el agua hasta que el aceite salió del plato. Después dio el vaso a Teodoro, diciéndole: “Derrama agua sobre mis manos, para que me lave”. Al lavarse echó el agua sobre los pies de Teodoro, como si se los lavase. Éste le dijo: “¿Qué haces, padre, y qué le haces a tu plato de comida?”. Pacomio le respondió: “En cuanto al plato, es para que no tenga placer al comerlo. Y si al lavar mis manos eché agua en tus pies, como si los lavara, es para que no sea juzgado por mi conciencia, puesto que tú me sirves, en tanto que yo soy quien debería servir a todos los hermanos”.

Severidad de Teodoro para con su hermano

65. Después de esto, el hermano de Teodoro, llamado Pafnucio, se presentó para ser monje. Teodoro se negó a tratarlo como a su hermano: porque *ya había dejado el hombre viejo* Col 3,9). Pafnucio lloraba por causa de ello, y *abba* Pacomio le dijo a Teodoro: “Es bueno tener indulgencia, al comienzo, con los novicios, al igual que con un árbol recién plantado se toman muchos cuidados y se lo riega, hasta que el novicio haya echado raíces por la fe⁶⁷”. Al oír estas palabras, Teodoro obró conforme al consejo de Pacomio.

Teodoro consuela a un hermano

66. Había en el monasterio un hermano que estaba muy afligido pues había sido reprendido por el padre para la salvación de su alma. Teodoro supo que este hermano ya se había separado (de la comunidad) en su corazón, pensando por tal motivo dejar a los hermanos; como era prudente y sabio, Teodoro le dijo: “Tú sabes muy bien que la palabra de ese anciano es más tajante de lo conveniente, y yo no sé si podré quedarme aquí”. En respuesta, el hermano le confió su pesar, diciéndole: “¿Tú también experimentas lo mismo?”. Teodoro le dijo: “Sí, ¡y más que tú! Pero consolémonos mutuamente hasta que hayamos superado la prueba del anciano al menos una vez. Si él es bueno con nosotros, nos quedamos. En caso contrario, nos iremos a otro lugar a vivir apartados nosotros solos

tiene necesidad o desea tomar caldo de pescado u otras cosas que se comen habitualmente en el monasterio... Podría, por tanto, tratarse de un caldo de pescado reservado para quienes estaban enfermos (cf. Veilleux, p. 415).

⁶⁶ Cf. G¹ § 7.

⁶⁷ Cf. Col 2,7.

con tranquilidad”. Ante estas palabras el hermano se recuperó de su desánimo. Sin embargo, Teodoro fue ocultamente a ver a nuestro padre Pacomio, y le expuso el plan. Éste le dijo: “Excelente. Pero tráemelo aquí, para que tú me reproches mi conducta. Y según la inspiración que Dios me dé, yo lo persuadiré”. Así, cuando se presentaron ante el padre, y Teodoro hizo como que le reprochaba su proceder, Pacomio les respondió: “Perdónenme, he pecado. ¿No deben ustedes, como los hijos, soportar a su padre?”. Como Teodoro había comenzado a hacerle nuevas acusaciones, el hermano le dijo: “Basta, es suficiente. Porque yo, por mi parte, he quedado muy consolado”. Fue de esa forma que Teodoro ayudó al hermano por medio de un ardid, para procurarle un beneficio.

Caridad fraterna de Teodoro

67. Como nuestro padre Pacomio veía que (Teodoro) era sabio y obediente a la verdad, un día lo envió con otro hermano que había pedido visitar a sus parientes, e iba a la casa de ellos⁶⁸. Cuando llegaron, a la hora de la comida, los familiares les prepararon de comer en un lugar tranquilo de la casa. El hermano le dijo a Teodoro: “Levántate, vamos a comer”. Pero Teodoro no acostumbraba comer en una casa secular. Sin embargo, sabiendo que si no condescendía a su deseo, aquél no volvería a la comunidad —puesto que estaba dispuesto a comer aunque Teodoro se rehusara—, él también comió un poco, si bien afligido en su espíritu. En seguida, cuando volvieron al monasterio, Teodoro relató a *abba* Pacomio lo sucedido. Éste no lo reprendió, sabiendo que había actuado así en contra de su voluntad.

Hábil corrección fraterna de Teodoro

68. Después de aquello, Teodoro interrogó a un hermano anciano sobre esta palabra del evangelio: *Si alguien quiere seguirme y no odia a su padre y a su madre, y lo que sigue (Lc 14,26)*. “¿Cómo comprendes esto?”. El otro le dijo: “La Escritura ha puesto sus principios muy en alto para que alcancemos una pequeña parte. Porque sin eso, ¿cómo odiaríamos a nuestros parientes?”. Él hablaba de esa forma porque iba a menudo a visitar a sus parientes, y era incapaz, incluso conociendo tan gran

⁶⁸ Pr. 54: “Cuando avisen que está enfermo uno de los parientes o allegados de los hermanos que allí viven, el portero avisará primero al padre del monasterio. Este llamará al propósito de la casa a que pertenece el hermano, lo interrogará, y juntos pensarán en un hombre de confianza y observancia a toda prueba y lo enviarán con el hermano...”

enseñanza, de renunciar a los pensamientos de la carne⁶⁹. Entonces Teodoro le respondió con una trampa: “¿Es así realmente la fe de ustedes, Tabenesiotas? ¿El evangelio habla de una forma y tú de otra? Me voy de aquí, no me quedo más. Estaba bien donde me hallaba antes: los padres de allí abajo jamás renegaron del evangelio”. E hizo apariencia de retirarse, ocultándose en un lugar por algún tiempo. El otro hermano fue a ver a *abba* Pacomio y le reveló el asunto. Pacomio le contestó: “¿No sabes que es un neófito? Apúrate a buscarlo, porque si se va de aquí se hablará mal de nosotros”. Cuando el hermano encontró a Teodoro, le hizo grandes exhortaciones, y éste le dijo: “Si quieres que me quede y acepte que lo que dices es verdad, muéstrame, ante el Señor y los hermanos, que caminas conforme al evangelio, no volviendo nunca más a visitar tus parientes”.

La obediencia preferible a las penitencias voluntarias

69. Había un hermano que practicaba la ascesis, pero no según Dios. Al verlo actuar así, Pacomio lo tomó aparte y le dijo: “Hermano mío, el Señor afirma: *He descendido del cielo no para hacer mi voluntad, sino la de Aquel que me envió (Jn 6,38)*; escucha tú también al que habla de esta forma por mi boca, pues te veo acechado por el Enemigo, no sea que pierdas todo tu esfuerzo. Por el momento, cuando suene la señal durante el día para la comida de los hermanos, no esperes hasta la tarde. Ve, come unos cinco pedazos de pan y el alimento cocido que le sirven a los hermanos; pero sin comer hasta la saciedad, a fin de gobernar tu cuerpo, porque eres vigoroso. Además, fuera de la *synaxis* de los hermanos, no hagas largas oraciones, hasta que hayas vencido al demonio de la vanagloria, puesto que te tiende trampas”. Ante estas palabras, el hermano, en ese momento, obedeció. Pero más tarde siguió de nuevo su camino errado, diciéndose a sí mismo: «¿Dónde está escrito: “No ayunes, no reces?”». Como desobedecía y estaba a punto de ser dominado por el demonio, *abba* Pacomio llamó a Teodoro y le dijo: “Sabes que estoy muy apenado por causa del hermano, porque no me escucha. Ve, pues, a visitarlo y ve qué hace”. Él fue y lo encontró rezando sin interrupción. Volvió y se lo dijo a (Pacomio). “Regresa, le dijo éste, e impídele orar. Apenas lo hayas hecho, inmediatamente el demonio se te aparecerá. Si ves esto, vigila al hermano hasta que yo lle-

⁶⁹ Cf. *Rm* 8,6.

gue”. Cuando el hermano fue impedido de rezar, agredió a Teodoro, gritando: “Impío, ¿me impides orar?”. Como Teodoro se sentó para vigilarlo, el otro se levantó llevando en la mano un gran garrote y quería golpearlo en la cabeza. Teodoro se protegió y lo reprendió en el nombre del Señor, y aquel se quedó tranquilo. Luego el demonio en el hermano le dijo: “¿Quieres constatar que soy yo el que salmodia en quienes cantan por placer? Escucha al hermano que oyes salmodiar ahora, va a repetir nueve veces el mismo versículo”. Ahora bien, había alguien que, en su celda, cantaba el inicio del cántico de Moisés: *Cantaremos para el Señor: es justo glorificarlo (Ex 15,1)*. Teodoro, después de comprobarlo, escuchó efectivamente al hermano, y quedó asombrado y atemorizado, preguntándose cuán gran vigilancia necesita el hombre para escapar de las artimañas del demonio. Sin embargo, gracias a las insistentes oraciones de *abba* Pacomio por el enfermo, el Señor compasivo lo curó. Y corregido de esa forma, en adelante se vigilaba a sí mismo.

Confusión de un murmurador

70. Había en cierto monasterio una cisterna que debía ser limpiada. Tomando consigo a algunos hermanos, Pacomio descendió para limpiarla. Pero un anciano que, después de haber vivido por largo tiempo en el mundo, había venido para hacerse monje, viendo que Pacomio había bajado al pozo con los hermanos, como todavía no conocía el coraje de quienes tienen una fe total, comenzó a murmurar diciendo: “Este hombre no tiene piedad, porque hace descender de noche en un pozo a hijos de los hombres, de modo que mueran”. Esa misma noche, se vio a sí mismo, en un sueño, arriba de la cisterna, y podía observar a quienes trabajaban debajo; y en medio de ellos había un hombre que brillaba con una gloria extraordinaria que les decía: “Reciban un espíritu de obediencia y de fuerza”; y a él le decía: “Tú recibe, como lo mereces, un espíritu de incredulidad”. Entonces, turbado por esa revelación nocturna, se puso en medio de los hermanos en la *synaxis* y, postrándose, confesó su falta.

Visión de la salida de los hermanos después de la muerte de Pacomio

71. Cierta día, mientras los hermanos estaban con Pacomio cortando juncos, y cuando los transportaban hasta el barco, él repentinamente cayó en éxtasis. Vio algunos hermanos rodeados por un ardiente círculo de fuego, y cuyas llamas les impedían salir; otros estaban con los pies descalzos sobre espinosos trozos de madera, adheridos a ellos por las espinas y sin posibilidad de liberarse; otros estaban a mitad camino de un elevado precipicio, sin poder ascender ni tirarse al río, porque abajo los

cocodrilos los acechaban y saltaban. Pacomio permanecía de pie, absorto en su visión, los hermanos pasaban y lo veían; y dejando sus cargas, se pusieron a orar junto a él. Después de más de una hora, volvió en sí mismo, y ordenó dar de comer a los hermanos, porque ya caía la tarde. Luego los invitó a reunirse en torno suyo. Y mientras les contaba su visión, todos lloraban llenos de un gran temor. Cuando le preguntaron qué podía significar (la visión), les dijo: “Tengo conciencia de que después de mi muerte, eso les sucederá a los hermanos: no encontrarán alguien que pueda consolarlos como necesitan, en el Señor, de sus tribulaciones”.

Teodoro no comprende una orden de Pacomio

72. Un hermano anacoreta vino a ver a Pacomio. Mientras estaban sentados hablando sobre los deberes de la salvación⁷⁰, le dijo a Teodoro: “Prepara una comida para el hermano”. Teodoro salió y se sentó afuera, creyendo que le había dicho: “Déjame hablar con el hermano”. Y como no preparó nada, Pacomio le pidió a otro ecónomo que pasaba por allí; pero éste se fue sin entender lo que le decía. Entonces Pacomio, que era de espíritu atento, comprendió que se trataba de una tentación y, levantándose, preparó la comida para el hermano. Comió con él y lo despidió. Luego, llamando a Teodoro le dijo: “Si tu padre según la carne te diera una orden, ¿la despreciarías? ¿Por qué no preparaste la comida para el hermano?”. Teodoro le respondió: «Yo pensé, padre, que me habías dicho: “Sal, que quiero hablar con este hombre”». Llamó también al otro hermano, que le dio la misma respuesta. Entonces se puso a gemir diciendo: “Es un espíritu malvado el que ha puesto estos obstáculos, para que nos enojáramos. Pero, bendito sea el Señor que nos ha dado paciencia⁷¹ e inteligencia. Aprendan ustedes, de lo que ha sucedido, a tener paciencia”.

Trampas de los demonios

73. «Porque a menudo, prosiguió Pacomio, he escuchado a los espíritus malvados hablar entre ellos de sus artificios contra los hombres, de la siguiente manera: Uno de ellos dijo: “He ata-

⁷⁰ “Los deberes de la salvación”; el original dice: “las (cosas) necesarias”; o: “las que convienen”.

⁷¹ Cf. *Is* 57,15.

cado a un hombre austero; cuando le sugería un pensamiento malo, en seguida se ponía a orar, y yo me retiraba envuelto en llamas”. Otro demonio decía: “He encontrado a uno fácil de persuadir; si le aconsejo algo, me escucha y lo hace; yo le amo mucho”. Por eso, estén siempre muy atentos a ustedes mismos y sígnense en el nombre de Cristo. Si practican la ascesis⁷² contra ellos, no tendrán poder contra ustedes».

Pacomio impedido de hablar por la falta de un monje

74. Cierta día en que, nuevamente, explicaba a los hermanos lo referente a la salvación⁷³, de repente su corazón quedó paralizado, en tal forma que ya no podía hablar. Comprendiendo en su espíritu por qué le sucedía eso, llamó al ecónomo del monasterio, y en voz baja le dijo: “Ve a la celda aquella, y observa quién es el que está descuidando su alma. Sé tú mismo testigo de la manera en que ha causado su ruina: ante todo, porque no ha venido a escuchar la palabra de Dios, a fin de fortalecerse contra el demonio que lo aflige y lo arrastra; en segundo término, ya que no ha venido a escuchar la palabra, ¿por qué no está en oración sino que duerme? No sé si será posible hacer de él un monje”. De hecho, él dejó a los hermanos y retornó con sus padres, porque no se había entregado para llevar la cruz según sus fuerzas⁷⁴.

Enseñanzas de Pacomio

75. Pacomio comenzó a narrarles una parábola: “En una casa en la que hay cien lugares o celdas, si un extranjero compra al propietario de la casa una sola celda⁷⁵, ¿le impedirán entrar en ella, aunque esté al fondo de la casa? Así sucede también con el creyente: supongamos que posee todos los frutos del Espíritu⁷⁶, pero si por su negligencia y por las insidias del enemigo, se deja robar uno solo de esos frutos, le faltará fuerza ante el enemigo en lo concerniente a ese fruto. También es posible que, si no está atento, el demonio lo venza también en alguna otra cosa; y así el demonio se adueña de todo el hombre, al que no le queda nada de bueno. Si, por el contrario, el creyente se recupera, no solamente reconquistará ese

⁷² “Practican la ascesis”, trad. de: *politeyómenoi* (gobernarse).

⁷³ Literalmente: lo que es útil.

⁷⁴ Cf. *Mt* 10,38; *Lc* 9,23; 14,27. Cf. *G¹* § 7.

⁷⁵ *Kellion*, que también podría traducirse por habitación o cuarto pequeño.

⁷⁶ Cf. *Ga* 5,22-23.

único fruto que un día se había dejado quitar, sino que hará grandes progresos. Porque no hay una sola medida en la piedad, sino muchas: hay jefes ricos en el espíritu; y hay, por así decirlo, jefes de diez, de cincuenta, de cien, de miles, y reyes supremos, como Abraham es llamado rey por Dios⁷⁷; de hecho, él no era simplemente un rey, sino que el Rey de reyes⁷⁸ estaba en él como sentado en un trono”.

*Confusión del monje Mayos*⁷⁹

76. Cierta día un obispo le envió a Pacomio, para que lo juzgara, un individuo acusado de haber reincidido en el robo. Éste era un monje, que usaba vestimenta de pelos. Ahora bien, uno de los hermanos, un anciano sin malicia y muy bueno, llamado Mayos, que era uno de los ancianos jefes de casa, en ese momento no había salido con los hermanos para recoger los juncos, porque estaba enfermo y afligido. Su aflicción provenía de la instrucción del atardecer (del día anterior), cuando había escuchado a nuestro padre decir que era necesario cuidar mucho los propios pasos para alcanzar la salvación. Estaba sorprendido por eso, porque ignoraba la maldad del enemigo contra las almas, y se sentía sólidamente afianzado. Decía: “¿Por qué el anciano nos recomienda tantas reglas de vigilancia? ¿Acaso somos buenos solamente para caer a cada instante?”. Perturbado por esto se había quedado acostado en el interior de las cabañas. Por eso vio llegar a aquel monje y le dijo al ecónomo Teodoro⁸⁰: “Ocúpate de este hombre hasta que regrese nuestro padre. Porque veo que es grande y piadoso”. Cuando Pacomio regresó con los hermanos, el hombre y quienes lo acompañaban se presentaron ante él; y después de que aquel confesó su falta, Pacomio lo corrigió gracias a su discernimiento espiritual, citando la Escritura: “Todos cometemos faltas de muchas formas, pero recemos a Dios misericordioso, y Él nos curará. Y cuidémonos en adelante” (cf. *Sr* 3,2). Cuando el anciano Mayos escuchó estas palabras, admiró el discernimiento espiritual de Pacomio y, respecto de lo que había dicho al atardecer anterior, quedó persuadido y glorificó a Dios⁸¹.

⁷⁷ Cf. *Gn* 23,6.

⁷⁸ Cf. *1 Tm* 6,15.

⁷⁹ Damos la transliteración del nombre griego: *Mayos*. Veilleux traduce Mauo (p. 349); todo depende de qué forma se translitera la letra griega *ypsilon*; en *CuadMon* lo hacemos habitualmente con la “y”.

⁸⁰ Se trata de un anacronismo de G¹, ya que recién en el § 78, Teodoro es designado ecónomo de Tabennesi (Veilleux, p. 415).

⁸¹ Esta historia también se encuentra en SBo § 68; aparece asimismo, pero de modo dife-

Primera predicación de Teodoro y hostilidad de los ancianos

77. Algunos días después, Pacomio llamó a Teodoro y le dijo: “Cuando los hermanos salgan de comer esta tarde, entrega tu servicio a otro y ven al lugar en que nos reunimos para la instrucción del domingo”. Cuando Teodoro se presentó para la catequesis, Pacomio le dijo: “Párate en medio de los hermanos y explícanos la palabra del Señor”, como acostumbraba hacerlo él. Obedeciendo a su orden, Teodoro, a pesar suyo, se paró y empezó a hablar según lo que el Señor le inspiraba; todos estaban de pie, incluido *abba* Pacomio, que lo escuchaba como un hermano más. Sin embargo, algunos se irritaron movidos por el orgullo, y regresaron a sus carpas⁸² para no escucharlo, porque el que se había parado (para hablar), en cuanto a la edad humana, era más joven que ellos⁸³. Luego de la instrucción y la oración, Pacomio se sentó, como era su costumbre, y comenzó a hablar: «Ustedes han escuchado lo que se les ha dicho. ¿De quién son esas palabras? ¿Del orador o del Señor? Y los que se han irritado, ¿por qué motivo se han molestado? ¿Porque es más joven? Pero nosotros encontramos que respecto de un niño el Señor dice: *El que recibe en mi nombre a un niño, me recibe a mí* (Mt 18,15). ¿No estaba yo de pie, escuchando como uno de ustedes? Ahora bien, les digo que no lo hacía por aparentar, sino que escuchaba con todo mi corazón, como quien tiene sed de agua⁸⁴. Puesto que la palabra de Dios exige una total recepción, como está escrito⁸⁵. Malditos aquellos que se han ido⁸⁶, haciéndose extraños a las misericordias de Dios. Si no se arrepienten de su orgullo, les será difícil alcanzar la Vida. Puesto que Dios está cerca de quienes tienen el corazón contrito y salvará al humilde de espíritu⁸⁷».

(continuará)

rente, en S¹⁰, donde la enseñanza de Pacomio que molestó a Mayos concernía a un caso de pederastia. ¿La fuente común de SBo y G¹ ha “suavizado” la historia original? (cf. Veilleux, p. 278).

⁸² “Carpas” es seguramente un error del redactor de G¹, ya que durante la cosecha los hermanos habitaban en cabañas (cf. Veilleux, p. 416).

⁸³ Posiblemente Teodoro tenía treinta años. Y el episodio puede colocarse entre 336-337.

⁸⁴ Cf. *Pr* 25,25.

⁸⁵ Cf. *1 Tm* 1,15; 4,9.

⁸⁶ Cf. *Jn* 6,67; *Sal* 44 (43),18.

⁸⁷ Cf. *Sal* (34) 33,18.